

NICOLASA PASCUAL, EL DON DEL TEJIDO DE SAN BARTOLO YAUTEPEC, OAXACA

Nicolasa Pascual comenzó a tejer jugando, sobre todo al admirar el trabajo de Doña Epifanía Vicente, una “abuelita”, que tenía un huerto con frutos al que acudían varios niños y notaban que ella siempre traía hilos en las manos. Las niñas de once o doce años querían aprender su arte, así que un día se sentaron y, como doña Epifanía era paciente, les enseñó “puro sencillo”, es decir, a tejer sin ningún diseño predeterminado. Nicolasa terminó su tarea, pero no logró conformar ninguna figura, entonces la maestra le dio un golpe para que pusiera más atención. Esa actitud desagradó a la madre de Nicolasa que no quería que su hija volviera al tejido. Sin embargo, la niña, a pesar del regaño, sentía curiosidad por aprender, le había gustado tejer y se escondía para volver a casa de la señora Vicente.

Hacia 1975 o 76, a través de la iniciativa de doña Teresa Pomar, el gobierno federal ofreció apoyo para que las dos únicas tejedoras de San Bartolo Yautepec de Oaxaca pudieran enseñar su oficio a otras mujeres jóvenes. Para ello, se requería conseguir los hilos y el telar. Nicolasa, aunque estaba interesada en participar en el taller, sabía que su madre no quería que asistiera, aún así, su hermano y su abuela apoyaron a la niña y a su mamá no le quedó más remedio que asumir la aceptación y conseguir los materiales de trabajo.

El grupo adoptó el nombre de Epifanía Vicente, era de veinticinco alumnas y recibían trescientos pesos al mes. El otro grupo de San Bartolo se llamó Flor de Algodón y estaba a cargo de Martina Jiménez Flores. Actualmente sólo queda una organización de mujeres tejedoras, aunque la propia Nicolasa trabaja de manera independiente. Fue de esa manera en que, desde los once años, aprendió a tejer y a los doce ya ganaba dinero, no sólo de la beca, sino de la venta de sus productos.

La maestra Vicente tenía un talento especial en el manejo del telar. Nicolasa recuerda que ella no requería de dechados, más bien los diseños de las figuras fluían en su mente y los plasmaba en el tejido de forma singular. Al parecer, ella ideó el venado y el gallo que actualmente lucen en el huipil tradicional de San Bartolo Yautepec. La maestra nunca les explicó el significado iconográfico de las figuras, más bien, ella pronunciaba palabras en zapoteco para que las niñas realizaran los diseños.

Por ejemplo, pedía un bliev, que en zapoteco significa animalito pequeño y las alumnas hacían un perrito. Nicolasa todavía recuerda aquellas voces, que son testimonio del léxico textil en lengua indígena, un repertorio valioso pues las nuevas generaciones ya no suelen comunicarse en su lengua madre.

La pequeña alumna pronto distinguió que las mujeres de su comunidad usan dos tipos de huipil, uno para las novias al que se le “raja el pescuezo”, es decir que se abre para meter la cabeza y un velo que sirve para tapar la cabeza que es de tres lienzos. Las figuras de los textiles son diversas, se aprecian animales como el venado, el águila bicéfala, el gavián, el perrito, el pollo, la serpiente (que se representa con rombos unidos en forma de greca de cadena), el zorro, el gallo, tres tipos de chivo: uno parado en cuatro patas, otro en forma rampante y el restante no lleva ojos, es tuerto. También se distinguen la flor de cuatro pedazos, el maíz y la milpa que es una greca en forma de surco donde cae la semilla para que crezcan las mazorcas. Debajo de la apertura del cuello está bordado un enlazado que, al parecer de Nicolasa significa al ratón que come al maíz, el “jorgojo” loco.

Los colores tradicionales del textil de San Bartolo son el morado y amarillo, a veces se utiliza el rojo para formar rayas, aunque ahora es común usar una paleta más amplia, especialmente desde que Nicolasa comenzó a realizar pedidos, ella dice: “al cliente, lo que pida”. Esta innovación se debe al encuentro de una gran amistad con Remigio Mestas. Nicolasa cuenta que ella se quedaba a cuidar a sus hijos “chamacos”, mientras que su esposo viajaba a la ciudad de Oaxaca para vender los tejidos elaborados por ella y alguien le recomendó que fuera a una tienda, ubicada frente al templo de Santo Domingo, donde estaba una mujer con su hijo al que seguramente le interesaría adquirir las prendas. Ese personaje era Remigio, un conocedor del arte textil, quien ha comprometido su vida al apoyo de los artesanos tejedores y a la difusión y mejora de los textiles oaxaqueños. Pasó el tiempo y Nicolasa tuvo que ir a la capital oaxaqueña a vender el trabajo de las mujeres de San Bartolo, estaba en el zócalo cuando un muchacho se acercó a preguntarle si conocía a la señora Nicolasa y ella le dijo: “ésa soy yo, pero ahora ya vendí mi mercancía.” Más bien, Remigio quería proponerle que incursionara en nuevas formas de elaborar huipiles, investigó diseños de huipiles antiguos de San Bartolo para que esta gran tejedora reinterpretara aquellos tejidos, le dio hilos finos, algunos delgados de algodón o de seda, otros teñidos con tintes naturales y Nicolasa aceptó el reto porque tejer es su vida y tiene la certeza de que, con Remigio, la venta de su producto está garantizada. Pero más allá de que sus piezas tengan un fin comercial, estas obras son verdaderas joyas tejidas, su destreza en el telar sorprende, esta mujer posee un don especial gracias a la finura y habilidad en el manejo de los hilos y en los diseños logrados artísticamente.

Para Nicolasa, trabajar es más que un hábito, es su pasión, necesita tener el telar consigo, es parte de su vida, le hace falta si no lo tiene cerca, para ella es el alimento de su alma, desahoga sus preocupaciones y su cabeza se tranquiliza. Por eso, cada prenda tejida por Nicolasa es también una manera de expresar su maestría y podría decirse que, sin duda, es una de las mejores tejedoras que viven actualmente en Oaxaca.

El Museo Textil de Oaxaca rinde homenaje a Nicolasa Pascual por su talento y habilidad para crear las más finas prendas que se tejen en la región zapoteca de San Bartolo Yautepec. Organizó una exposición que muestra su trayectoria en el arte del tejido desde hace más de doce años, cuando la artista incursionó composiciones delicadas con hilos finos, algunos teñidos con grana, caracol, añil y otros tintes naturales, o bien, hechuras originales de blanco sobre blanco. Estas obras son testimonios de la destreza de Nicolasa a través del tiempo para crear elegantes piezas de una exquisitez sublime. Es un orgullo para México que una tejedora sea capaz de realizar huipiles de los que brota la poesía con cantos de hilos trazados en la trama y la urdimbre.

María Isabel Grañén
Presidenta
Museo Textil de Oaxaca